

Es el caso de Cieza de León (1518-1560), quien en su *Crónica del Perú* (1553) adjudica la fundación de Pasto al capitán Lorenzo de Aldana, subalterno del gobernador de Lima, Francisco Pizarro. Según el autor, Cieza de León era un subalterno de Jorge Robledo (el "conquistador" de Antioquia), quien fue condenado a muerte por Belalcázar durante el conflicto por el poder entre éste y Pizarro, lo cual el cronista "jamás olvidó ni perdonó" (pág. 22) y tal vez lo motivó para cambiar el dato histórico del fundador de Pasto.

Un segundo aspecto es el marcado hecho de una actitud de conquista en la confluencia de lo militar y lo clerical, donde los títulos de soldado, teniente, capitán, alcalde y gobernador se entrecruzan con los de cura doctrinero, encomendero y obispo, para ejecutar una acción sedentarizadora y de domesticación a los "salvajes". Entre el sedentarizar y el domesticar se activa la imposición de un nombrar los espacios expropiados desde una pretensión sacratológica. En el caso de Pasto se aprecia esta imposición del nombrar, a la par que se constituye un espacio-villaciudad centrado en una plaza mayor desde la erección de una iglesia, con el trazo de manzanas, solares, calles y carreras, distribuidos del centro a la periferia según el orden y jerarquía de poder. Bajo la circunstancia de "poblamiento" y "fundación" como villa, se le asigna el nombre de Villaviciosa de la Concepción de Pasto, mientras que al ser constituida como ciudad se la designa como San Juan de Pasto.

El nombre de Villaviciosa de la Concepción de Pasto, asignado por su fundador, podría sugerirnos un

espacio ludico como los ingeniados por el marqués de Sade; sin embargo, el "historiador primitivo" Antonio Vázquez de Espinosa nos da un mentís a esa posibilidad imaginante: "llamola villa viciosa, por ser citio donde la fundó muy ameno, y apasible de grandes pastos para ganados, la cual está poco más de vn grado de la Equinocial al trópico de Cancro, su temple es de primavera, está en el Camino Real de Popayán, de donde dista 40 leguas al sur y antes de Quito 44. Es del distrito del gobierno de Popayán, y en lo espiritual del obispado de Quito, tiene al poniente la mar del sur 40 leguas su parage en frente de la Gorgona" (pág. 44). Al ser constituida como ciudad "muy leal", le fue asignado el nombre de San Juan de Pasto, por la princesa doña Juana, hermana del Rey don Felipe II, al mismo tiempo que le otorgaba un escudo de armas. En los dos casos, el nombrar asigna al espacio sedentarizado y domesticado una identidad de carácter sacro desde el corpus semántico que justificaba la guerra invasora, dando lugar, en otra circunstancia, a la configuración de un *Tratado* (teológico-político) *sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, redactado por el filósofo de la corte: Juan Gines de Sepúlveda (1547). Podría pensarse que doña Juana eponimiza el espacio sedentarizado al asignarle nombre y escudo, a la manera de una señalización totémica.

Estas posibilidades de indagar actitudes y simbolismos del colonizar, señalan una perspectiva diferencial respecto a la labor de reflexión histórica, indicando un transcurso distinto del de avalar la conquista, y acercándose a la propuesta convo-

cada por la Onic. Hacia allí tiende la indagación que Tzvetan Todorov ha plasmado con su mirar semiótico en *La conquista de América. La cuestión del otro* (1982): en el epígrafe general de este texto, Todorov transcribe un fragmento del cronista Diego de Landa (*Relación de las cosas de Yucatán*, 32) en el que se narra cómo a una mujer maya la hicieron aperear —a esa mujer maya está dedicado el libro—, desde cuya circunstancia escribe: "Escribo este libro con el fin de que no caiga en el olvido este relato, ni otros miles más del mismo tenor. A la pregunta acerca de cómo comportarse frente al otro no encuentro más manera de responder que contando una historia ejemplar: la del descubrimiento y conquista de América. Al mismo tiempo, esta investigación ética es una reflexión sobre los signos, la interpretación y la comunicación: pues la semiótica no puede pensarse fuera de la relación con el otro <sup>2</sup>.

El libro de Emilio Díaz del Castillo es valioso en tanto nos propicia documentación para pensar lo acontecido en la conquista, a pesar de su punto de vista belalcazariano.

WILLIAM TORRES C.

## Todo tiempo pasado... parece ficción

Biblioteca de Bogotá, edición conmemorativa de los 450 años de Bogotá. Bogotá, Villegas Editores, 1988, 8 vols.

Narraciones:  
Eduardo Posada.

Estampas Santafereñas:  
Guillermo Hernández de Alba.

<sup>2</sup> Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro* (1982), traducción del francés por Flora Botton Burlá, México, Siglo XXI, 1987, texto de la cubierta.

**Escritos sobre Bogotá y la sabana:**  
*Tomás Rueda Vargas.*

**Haciendas de la sabana:**  
*Camilo Pardo Umaña.*

**El Carnero:**  
*Juan Rodríguez Freile.*

**Diana Cazadora:**  
*Clímaco Soto Borda.*

**José Asunción Silva,  
bogotano universal:**  
*Juan Gustavo Cobo Borda.*

**El alma de Bogotá:**  
*Nicolás Bayona Posada.*

Antes de abordar la reseña detallada del contenido de cada uno de los volúmenes de la "Colección conmemorativa de los 450 años de Bogotá", bien valen unas frases sobre las efemérides, los negocios editoriales, los reciclajes del pasado y las ciudades de ficción.

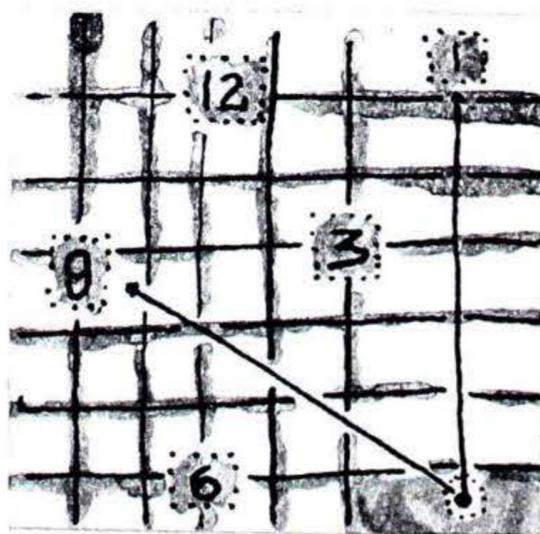
Los múltiplos de cincuenta suelen ser las cifras preferidas de las grandes celebraciones públicas. Los cien años del bolero, la coca-cola, la constitución, Armenia y la máquina de escribir. Los ciento cincuenta de la muerte de Santander y los doscientos de su nacimiento. Los doscientos años de la revolución francesa, los trescientos años de Medellín, los cuatrocientos cincuenta de Bogotá. ¡Ah!, especialmente esta última efemérides que, gracias a la centralización de la radio, la T.V. y de grandes periódicos y revistas, gracias al boom que ocasionan dos alcaldes-protagonistas y gracias al espíritu comercial (¿se llama espíritu?) de algunos negociantes de libros, gracias, gracias, gracias tuvo una resonancia casi aturdidora.

Entrando a lo que aquí corresponde —que no son ni alcaldes ni *mas medias*— baste recordar cómo aprovechan algunos editores las efemérides como oportunidad de lucro. Aquí un libro de fotos —varios hubo y de varios editores—: es un libro standard, homogéneo; son varios libros de características tan comunes entre sí, que son un solo libro. Mucho color y una Bogotá maquillada, donde sus habitantes —mujeres hermosas de

ojos azules, hombres elegantes a lo *GQ Magazine*— juegan polo o golf, o se pasean por parques inverosímiles, verde todo bajo el azul de la sabana. Niños, niños saludables y limpios y —sobre todo— también a la moda, y edificios de ladrillos —of course— a la moda todo tan postmodern, tan arcos románicos, tan ventanas triangulares, que la ciudad comienza a parecerse a una urbanización de templos protestantes. Lo que asombra de estos libros de droguería de hotel, libros fotográficos, es la carencia de sensibilidad hacia el centro y el sur de Bogotá, la ceguera con la ciudad secreta. En estos libros, la ciudad de don Gonzalo se quiere parecer a una ciudad europea y su símbolo es ya el logotipo de un centro comercial.

En la colección que nos ocupa la ambición es más alta. No es repetir el mismo libro con las mismas fotos. No. Aquí, se trata de reunir los textos, la "literatura de la ciudad", que casi siempre se manifiesta a través del género de la crónica, esa especie de narración no argumental, de retrato hablado, de historia menuda. En total, hay cinco de los ocho volúmenes dedicados a la crónica, seis si se incluye *El Carnero*.

Ahora bien, reducido el conjunto al predominio de la crónica, no se ve muy claro por qué no está Cordovez Moure, el gran cronista de 50 años de vida bogotana. Pero lo impresionante no es que se omita este o aquel cronista. Esto es accidental. Lo aterrador es que los ocho libros bien pudieron ser publicados para los 400 años y no para los 450. Algunos lo fueron, como *Estampas santafereñas* de Hernández de Alba y *El alma de Bogotá* de Bayona Posada: en ambos casos la edición original es de 1938.



El vacío fundamental de esta colección (la caja que los contiene, la uniformidad y monotonía del diseño permiten suponerla como colección) es que presenta una Bogotá que no guarda ninguna relación con la Bogotá de hoy. Ante la disyuntiva de saber si a la ciudad le faltaron cronistas en los últimos cincuenta años (olvidándonos de Klim, Elisa Mújica, Felipe González Toledo, Daniel Samper Pizano) o falta imaginación editorial, habría que decidirse por esto último, a no ser que se argumentara la necesidad de poner a disposición de los lectores algunos libros y autores que no estaban en los estantes de las librerías. Pero, aún en este caso, cabe preguntarse cuáles son esos lectores que esperaban estas reediciones. Y esos, que son los investigadores, no pertenecen propiamente al estrato que pueda comprar estas ediciones empastadas (regalo preciso para ejecutivos de biblioteca por metros). Ahora bien, parece muy difícil imaginar a un turista que, por placer, cargue con este estuche con rumbo a sus vacaciones; ni para ver las ilustraciones, interminablemente repetidas en la sangría superior de la página, en un tamaño tan diminuto que sus medidas exactas sólo pueden darse en milímetros y fracción.

La colección puede valer como relaciones públicas de Carulla, Asocueros, Mobil, Fenalco, Favi, Fedemetal, Coca-cola y Cementos Diamante, patrocinadores de cada uno de los libros. Ignoramos en que medida esto pueda ser un aporte a las relaciones públicas, pero ciertamente no es un avance o novedad editorial.

Por lo que respecta a la parte editorial, y contando en el conjunto la aparatosa historia de Bogotá en 3 tomos, el balance editorial del trisesquicentenario (palabra que no faltó) ha sido muy pobre. Repeticiones y nada nuevo. Es cuando uno se pregunta si no serían más útiles, menos costosos, más comunitarios, financiar concursos como la 'historia de mi barrio', que se desarrollaron con éxito en ciudades como Medellín y Cali . . .

“Narraciones” de Eduardo Posada

“Triste es hojear estos viejos pergaminos”, escribió don Eduardo Posada

en este volumen, sin sospechar que con igual apolillada tristeza se leería su libro cincuenta años después, como si fuera un viejo pergamino, de tan obsoleto, de tan arqueológico.

El señor Posada es uno de nuestros grandes historiadores. Fundó la Academia. Fue su presidente. Inició el "Boletín de historia y antigüedades". Dice el prologuista que es autor de 17 volúmenes entre los cuales está éste, que corresponde a una compilación de artículos que el presidente Concha le invitó a reunir en forma de libro. Se trata de una obra de juventud en la que no obstante, ya es notorio el cuidado en las transcripciones y las citas y el profesionalismo de historiador.

El libro es casi una guía turística de Bogotá. ¿De cuál Bogotá? Aquí se vuelve al cuento: se trata de una Bogotá que puede tener doscientos o trescientos años, no la actual, y que se ve brumosa, inexistente entre el ruido de los tiempos que corren. La Bogotá de Posada, aldeana, pudorosa, reducida, no es esta Bogotá sucia, grande, promiscua. Pasamos de ser un solo vecindario a perder la noción de vecino en beneficio de un personaje que viaja en buseta, tropieza con nosotros, se dice bogotano, pero podría perfectamente venir de Marte.

Sólo en una cosa se asemejan esa Bogotá provinciana de Posada y esta Bogotá provinciana y desmadrada de hoy; lo dice el prologuista de la presente edición, Alvaro Gómez Hurtado: "a Bogotá le ha hecho falta siempre la majestuosa dimensión de los imperios . . . El imperio español llegó menguado a Santa Fe". Sí, la superpoblada Bogotá de hoy sigue siendo tan densa y tan mezquina, de belleza tan difícil, como lo fue ese poblado al que se refiere Posada.

Las *Narraciones* bien pueden leerse como un compendio geográfico: planos, nomenclaturas de las calles, sitios ilustres —iglesias teatros, iglesias, plazas, iglesias, sedes del gobierno y más iglesias—. Acaso este énfasis en los lugares sacros refleje bien las épocas en que la vida ciudadana —¿aldeana?— se polarizaba en el culto. Así leído, como summa territorial de un poblado que ya no existe, bien hubiera podido el editor,

o el prologuista, o el patrocinador o el mismo alcalde, haber ayudado a los lectores con una edición anotada que permitiera identificar los nombres antiguos de las calles con los nombres que llevan hoy. Así sería más probable creer que las *Narraciones* se refieren a una ciudad que hoy conocemos como Bogotá.

**"Estampas santafereñas",**  
de Guillermo Hernández de Alba

Si el libro de Posada es geográfico, el de Hernández de Alba es anecdótico. El primero sería una escenografía, el segundo los personajes y sus pequeñas historias.

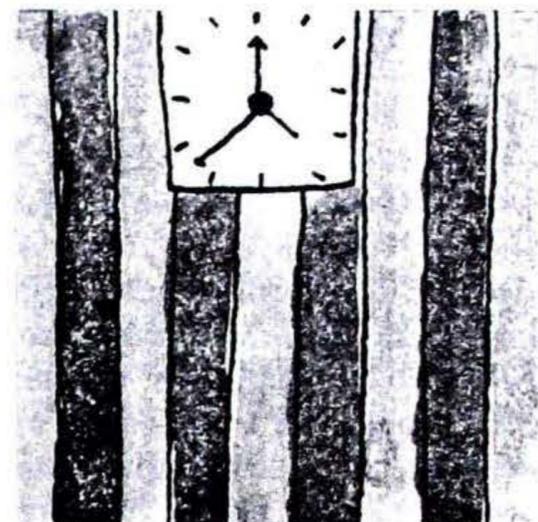
Libros como éste —publicado en 1938— develan la íntima verdad de la conocida frase de Julio Cortázar —" . . . formas superiores del chisme, como la historia"—. Aquí se trataría de una forma intermedia, la crónica. Y, como corresponde a esta colección, crónica de tiempos remotos. Mujeres de la colonia, las fiestas, la universidad colonial, temas varios referidos a la ciudad.

(Aquí un paréntesis, una forzosa digresión para relatar las penurias de un reseñista: desde las primeras páginas del primer libro la sobrecubierta estorba y el extraño doblez que tiene —y que recuerda el invento del agua tibia— se atranca donde no debe. A estas alturas, lo primero que el reseñista hace, como un reflejo, antes de abrirlo, es quitarle la cáscara al libro. Como si fuera un banano).

El estilo de estas crónicas, como su tema, es también anacrónico. Verbos con el sufijo al final —mézclase, consagróse, calmáronse—, mucho vosotros, cargas de adjetivos con pretensiones descriptivas que, por abundancia, se eliminan unos a otros. Todos los anteriores, elementos formales más distancian que acercan al texto.

En esta colección hay una constante: la nostalgia por una grandeza que nunca existió, la conciencia de la pequeñez aldeana de la Santa Fe colonial, comparada con Lima, con México, aún con Quito . . . Mientras Alvaro Gómez se queja en su prólogo al libro de Posada de la precariedad de nuestra arquitectura colonial, Germán Arciniegas en el prólogo al de Her-

nández de Alba dice lo propio acerca de los acontecimientos: al contrario del boato limeño o mexicano, lo que aquí hubo fue una "croniquilla lugareña, más picaresca que escandalosa".



Tal vez en el prólogo de Arciniegas se encuentre toda la clave de esta colección conmemorativa. Dice el autor de la *Biografía del Caribe*: "Y digo que Bogotá no tiene historia. Ni siquiera un cronicón. Apenas croniquilla, croniquilla subterránea, para el uso exclusivo de los poetas, y aún de los cínicos". Obvio: si se parte de este supuesto, como en la frase de Santayana, se está condenado a repetir lo anterior, sin buscar nada nuevo, insistiendo, como escribe Arciniegas, en la misma croniquilla.

**"Escritos sobre Bogotá y la sabana"**  
de Tomás Rueda Vargas

Tomás Rueda Vargas está en el paraíso, pues es bien sabido que toda persona que ame los caballos se va para el cielo. Para el cielo de los caballos, que es el único cielo que existe. Y lo mejor de estos *Escritos sobre Bogotá y la sabana* es esa visión de jinete, ese juicio de los hombres por el trato que le dan a su cabalgadura, por la forma de montar. Por supuesto —como corresponde a toda la colección conmemorativa de los 450 años— esa Bogotá de chalanos desapareció, a tal punto que en esa ciudad donde el primer nombre de su calle principal, la séptima, conocida como la "calle de la carrera", precisamente por los torneos de caballos, esa ciudad ni siquiera tiene un hipódromo; el niño bogotano de hoy que quiera conocer un caballo tiene que hacerlo en la enciclopedia.

Descendiente del médico del general Santander, cronista y miembro de la aristocracia terrateniente de la sabana, el señor Rueda Vargas fue un escritor ameno, bien informado y ha devenido en convertirse en la referencia obligada de esa aristocracia y en el descriptor por excelencia del temperamento bogotano.

Gonzalo Rueda Caro, hijo del autor, realizó la selección de materiales ya editados para reunir este volumen. El criterio es pertinente a la colección: celebrarle a Bogotá los 450 como si cumpliera cincuenta menos, negar la edad como hace cualquier "dama joven" que se niega a ser "actriz de carácter". Y esto es fácil tratándose de un cronista de hace años, cuando todos conocían a todos y, se devoraban unos a otros: "así como en las comidas no concebíamos la carne sin sal, en las conversaciones no concebimos la sal sin carne, sin carne humana", como dice en una conferencia titulada "Bogotá", donde llega a la conclusión —sin comentarios, pero envidiando la imaginación del autor— de que los bogotanos no son envidiosos . . .

El libro está dividido —con acierto— en tres partes, la primera autobiográfica, que incluye un capítulo titulado *Futuro*, en donde afloran sus cualidades de profeta; escrito en 1920, imaginándose una tertulia que acogerá en la cigarrería que poseerá, afirma que, entonces, "Eduardo (Santos) estará de presidente", 18 años antes de que esto último fuera cierto.

La segunda parte aborda los temas rurales de la sabana y la tercera parte la ciudad misma, algunos de sus personajes, el periodismo y —de nuevo— antes de desensillar después de esta cabalgata, crónicas deliciosas sobre las carreras de caballos en Bogotá.

#### "Haciendas de la sabana", de Camilo Pardo Umaña

Para un lector que se salte el prólogo, empieza el libro con textos cortos en los que el autor define la sabana en una relación histórica. Pasa del gran lago anterior a nuestra era a sus épocas habituales. Cabe decir que hace falta, para quien por curiosidad o por oficio retrocede al prólogo, una expli-

cación menos alusiva al texto, más cercana a la realidad del altiplano de hoy: un examen de su economía, a lo que son las haciendas, al medio ambiente que las habita, etc.

Para todos aquellos que, o bien no manejan un sentido de orientación preciso, o no tenga memoria exacta de lugares que desaparecieron antes de su nacimiento o, sencillamente, para el recién llegado o para el lector de fuera, es de vital importancia unos mapas de los que carece la edición, un plano que sitúe la sabana dentro de Colombia, un mapa de la sabana que describe Pardo Umaña, y un mapa de la sabana de hoy.

El libro está dividido en tres partes: la sabana norte-oriental, la sabana occidental y la sabana sur. Las tres partes son, más que las haciendas mismas, el árbol genealógico de cada una de ellas, en un lugar en donde la posesión de la tierra siempre ha sido signo de "aristocracia".

#### "El carnero" de Juan Rodríguez Freyle

Esta edición tiene varios méritos. El primero es que se trata de una nueva transcripción de otro de los viejos manuscritos, con variantes sobre las versiones anteriores. Aquí vale la pena destacar la excelente transcripción realizada por la paleógrafa e historiadora Angelina Araújo, que proviene del manuscrito datado en 1784, propiedad de la Biblioteca Nacional y conocido como el manuscrito de José Antonio Ricaurte y Rigueyro. La misma historiadora había transcrito el manuscrito de Yerbabuena, ya editado por el Instituto Caro y Cuervo en 1984, de tal manera que a su habilidad, a su sensibilidad por el lenguaje, esta vez Angelina Araújo añade su experiencia anterior.

El segundo valor que presenta es la excelente introducción de Fernando Garavito. Tras situar la época, el clima espiritual en que se escribió, define tajantemente la importancia de *El Carnero*: "donde se unen el temperamento barroco español e indígena y encuentran un primer punto de contacto que al mismo tiempo sustenta el comienzo de una auténtica literatura mestiza". Y precisa: "donde realmente se expresa en toda su esta-

tura la dimensión barroca de *El Carnero* es en el contraste entre lo macabro y lo festivo".

Garavito, sin embargo, no se detiene ahí sino que, más bien, parte de estas aproximaciones al contexto de la obra, para sumergirse a fondo en ella. Y no obstante que en la bibliografía sobre *El Carnero* figuran ensayos tan ilustres y variados como los de Achury Valenzuela, Mario Germán Romero y Rafael Humberto Moreno Durán, Garavito denota la virtud de la claridad, conocimiento del tema y una paciencia budista en las cotejaciones. En efecto, buena parte de la introducción se dedica a una extensa, a una exhaustiva doble columna entre algunas de las transcripciones ya editadas. Finalmente, Garavito repasa la visión que tiene Rodríguez Freyle del género humano ("hombres y mujeres son las dos más malas sabandijas que Dios crió") y de la ciudad de Bogotá, en ese entonces la remota Santa Fe, una aldea chismosa, "de lloviznas y monasterios".

#### "Diana Cazadora" de Clímaco Soto Borda

El nombre de Clímaco Soto Borda aparece indisolublemente ligado a la Gruta Simbólica, esa institución sin reglamentos que apareció en Bogotá a caballo entre dos siglos, fruto de la guerra civil, en una Bogotá que no contaba con teatros ni diversión cultural alguna, todo cerrado por el clima de tensión que se vivía por la división partidista. Una noche, ebrios de alcohol, jugaban a evadir los retenes militares Carlos Tamayo, Julio Flórez, Luis María Mora y otros amigos. Cuando fueron atrapados, Tamayo inventó la excusa de que llevaban un enfermo de urgencia y, acompañados por la tropa, caminaron hasta la casa del médico Rafael Espinosa Guzmán. Este, viendo a los militares, hizo seguir a los borrachitos dizque para atender el caso; allí estaban de visita otros amigos y continuaron con la reunión hasta el amanecer. Esa noche quedó fundada la Gruta Simbólica, de donde salieron algunos escritores de la época.

La novela de Soto Borda recrea

las costumbres y la agonía de una Bogotá, la Bogotá de la época, que recorrida hoy padece, entorpecida —y con menos humor que el que está en el texto— los mismos males que caracterizan a cualquier espacio caótico que impredeciblemente se vuelve ciudad.

Clímaco Soto Borda nació en Bogotá en 1870; la novela está escrita en el año novecientos y sólo se publica por primera vez en 1915. En los créditos del presente volumen se dice que la primera edición de *Diana Cazadora* data de 1917 y que la presente es la tercera edición. Pues no: aquí hay por lo menos una omisión y un error. El error consiste en que la primera edición (Imprenta Artística Comercial) es de 1915 y no de 1917 y la omisión, que los lleva a un segundo error, radica en olvidar la edición de Bedout, 1971, que convierte la presente, por lo menos, sin contar otras que puedan existir, en la cuarta edición y no en la tercera.

Mencionada como "... una buena obra, con un éxito que, de todos modos, disminuye día a día ...", escrita por un "hijo único e hijo póstumo ..." del que —como recuerdo final de su vida— queda este testimonio del prologuista de las ediciones anteriores —1942, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana y 1971, Bedout—: "... en el propio lecho mortuario, no podremos disociar nunca esa imagen de la de Cristo descendido sobre las de la suya, santísima y doliente como la del poeta" (se refiere a la madre). En vida, Soto Borda "prefirió a los encantos de su novia, su viejo ron y su taberna oscura", y esa Gruta Simbólica de la que sólo quedan los chistes vueltos a inventar por las generaciones posteriores y una placa al lado de una licorera en el centro de Bogotá.

**"José Asunción Silva,  
bogotano universal"**  
de Juan G. Cobo Borda

Si entre los escritores nacidos en Bogotá se establece un orden de prioridades, una jerarquía, seguramente Silva queda en primer lugar; entonces sería preferible dejarlo hablar a él

y hacer una reedición de su obra completa, ya preparada por Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía para la Biblioteca Ayacucho (Caracas, 1977). Pero aún en el extremo de que se le amordace, ya la suma de escritos sobre el poeta del Nocturno se había realizado con mucha más fortuna que Cobo por Fernando Charry Lara en *José Asunción Silva: Vida y Creación* (Procultura, 1985). Quedaba por hacer lo que Cobo no hizo, la recopilación de opiniones críticas contemporáneas, Silva en el Bogotá de hoy, leído por nuestros contemporáneos que recreen sin pensar en lustros o decenios atrás la vitalidad del poeta, su importancia hoy dentro de las letras, no por un mito sin explicación lógica para quien no lo conoce.

Sin desenterrar ningún documento, ningún testimonio nuevo (y dejando ver que lo publicado anteriormente es más difícil de encontrar en este volumen, aún consultando el índice, por lo escondido en la numeración de las páginas), Cobo aprovechó su estancia en el cono sur para recoger materiales producidos por argentinos, preponderantemente, sobre Silva. Tal vez por eso lo de "bogotano universal". Y a la hora del té, ¿cuál es la supuesta universalidad de Silva, fuera de ser un símbolo patrio? ¿Conoce un escolar nicaragüense a Silva como conoce un escolar colombiano a Rubén Darío? Evidentemente no, aunque entre la lista de principales modernistas figure José Asunción.

A la manera clásica, Cobo divide el libro entre la parte biográfica y la parte referida a la obra del poeta. Reproduce en la primera artículos ya todos publicados y en la segunda parte, como novedad, revive la polémica entre Arturo Torres Rioseco y Laureano Gómez.

El libro está prologado por Fernando Charry Lara y cuenta con un estudio preliminar de Cobo en el que, conversadito, en español legible del más erudito conocimiento, se jacta de un personaje para dejarnos seguir notando que somos unos ignorantes.

**"El alma de Bogotá",**  
de Nicolás Bayona Posada

En el prólogo de Alberto Zalamea,

sugiere San Agustín que el alma es la sede de la memoria. Tal vez la memoria que de Bogotá compiló Bayona Posada para los 400 años de una ciudad de 300.000 habitantes que, entre otros, "nacieron, crecieron, prosperaron, crearon y murieron centenares de hombres para quienes la vida no fue sólo un oscuro intermedio entre dos infinitas soledades" (las que aquejan desde ya esta colección), "alma hoy acaso condenada a un infierno helado por pecados de cólera y orgullo". Bogotá hoy, en sus 450 años es una ciudad de cinco millones de habitantes que reunidos, no lograrían ponerse de acuerdo para decidir si el alma existe.

Es el único libro del paquete que compila varios testimonios de diferentes autores sobre las historias y las costumbres de la Bogotá capital, desde la época de Jiménez de Quesada —Juan Crisóstomo García, Raimundo Rivas— hasta nuestro siglo —Nicolás Bayona Posada, Armando Solano—; (curioso: hoy, 1988, resultan tan anacrónicos los de un siglo como los del otro). Dividido en el fundador, la fundación, la ciudad colonial, la ciudad heroica, la ciudad ingenua, los "cachacos", el alma de la ciudad, tipos y paisajes y nostalgia.

En cada tema trata tópico de diferentes estilos. Se refiere por ejemplo, en la ciudad ingenua, al primer ministro inglés —Eduardo Restrepo Sáenz— o a un viaje familiar —Ricardo Silva— y se pasea así, de tema en tema, con crónicas escritas en su mayoría entre 1850 y 1938, año del bicentenario, con visibles excepciones como Josefa Acevedo de Gómez y Francisco José de Caldas. Trabajo que, después de 50 años de crónicas y más crónicas, anécdotas, tratados, retórica, escritos sobre la ciudad, no se toman, y simplemente reeditan una obra que propone, además de su extenso contenido, buenas ideas para libros que podrían hacerse hoy.

C.A. Gosselmann (quien repetidamente figura como Osselmann) y Miguel Cané contribuyen con sendos artículos a esta antología y ambos tienen en común una cosa: son los únicos viajeros en todo el libro, en toda la colección. Como si nunca

nadie hubiera venido a esta tierra. Nadie. Extranjeros —como Humboldt, sí, Humboldt— o colombianos como Tomás Carrasquilla quien, para decirlo de paso, no se amañó mucho. Hubiera sido un auténtico aporte un volumen de viajeros de antaño y, para ser consecuentes con lo dicho en esta reseña, con viajeros más recientes como André Maurois, K. Romoli, Giovanni Papini, Christopher Isherwood o William Burroughs. Lástima.

Hay ciertas anécdotas que, además de hilarantes, se prestan para derivar comentarios o para convertirse en símbolos de alguna cosa. Al respecto, en este caso, vale mejor no ser explícito y transcribir, para terminar, un fragmento del cuento delicioso que relata don José Manuel Groot en su "Historia eclesiástica y civil", incluido en este volumen bajo el título "un paseo al salto del Tequendama":

*"Era Pachito Cuervo un hombre plebeyo, pero dotado de talento particular para dar chascos, referir cuentos y divertir a la gente. Su humor siempre alegre, sus ocurrencias chistosas, su habilidad en remedar diversas voces, lo hacían necesario en todos los paseos, fiestas y diversiones[ . . . ] La ocurrencia más graciosa que tuvo fue esta: informado Ezpeleta del genio de este hombre, a quien los grandes acariciaban por gozar de sus chistes, mandó a llamarlo, diciéndole que deseaba conocerlo. Pachito Cuervo vino a la hora que le inspiraba confianza. Mandó luego un paje que le llevase a la recámara de la virreina para que le conociera. La señora, con su genial bondad, conversó con él sobre varias cosas relativas al país, de que deseaba informarse.*

*Al despedirse, la señora le dijo que le llevara a su mujer, porque deseaba conocerla. Cuervo se excusó diciendo que era una tapia de sorda, y que no quería proporcionar a su excelencia la molestia de hablarle a gritos. La virreina insistió en que se la*

*llevara, y Pachito Cuervo convino en ello con cierto aire de repugnancia, y se despidió con mil retóricas cortesías hasta el día siguiente en que ofreció volver con su mujer.*

*Luego que llegó a su casa, dijo a ésta que la virreina estaba empeñada en conocerla, y que tenía que ir al otro día a palacio, pero que la virreina era sorda y que había que hablar a gritos. Al día siguiente se fueron a la visita. El lacayo avisó a la señora virreina, quien mandó que los introdujesen en su recámara. Al entrar la mujer de Cuervo saludó a la virreina con gritos y cortesías, y la virreina de contestaba lo mismo, figurándose que la misma sordera le hacía hablar recio. La otra a su vez creyó lo mismo de la virreina, y sentadas ambas, se gritaban a cuál más, cuando oyendo Ezpeleta las voces, salió apresurado, y entrando en la recámara preguntó qué era aquello, a lo que le respondió doña María de la Paz:*

*—Pues la señora es sorda y hay que hablarle recio.*

*—Vuesencia es la sorda, que yo no soy —dijo la otra.*

*Y entonces todos largan la risa, y el virrey, más que nadie, conociendo el chasco y admirando la ocurrencia de Cuervo, que a todas estas se mantenía serio como un palo.*

*Ahora sí, pique el lector, y siga alegre la comitiva [ . . . ]".*

JORGE PATIÑO

## IX Premio Nacional de Poesía

La Universidad de Antioquia convoca al noveno premio nacional de Poesía 1988-1989 con las siguientes bases:

La obra enviada por el aspirante debe tener 150 versos, y ser totalmente inédita.

Los participantes pueden ser poetas colombianos, y pueden haber publicado o no una obra poética.

El libro se debe presentar escrito a máquina en hojas tamaño carta y tres copias firmadas con seudónimo. En un sobre sellado se deben indicar: nombre, dirección, teléfono y una breve reseña bio-bibliográfica del aspirante.

El premio es único e indivisible \$ 400.000,00. El dinero y los ejemplares entregados al autor constituyen el pago de los derechos por parte de la Universidad. Los derechos de posteriores ediciones serán del autor.

La fecha límite es el 3 de febrero de 1989, según matasello del correo, y debe enviarse a:

PREMIO NACIONAL DE POESIA  
Universidad de Antioquia  
Extensión Cultural  
Apartado Aéreo 1226  
Medellín, Colombia.

## Jaime García Maffla

Nació en Cali en 1944. Sus libros son "Morir lleva un nombre corriente", "Dentro de poco llamarán a la puerta", "Guirnalda entre despojos", "Sus ofrendas olvidadas". En 1981 la Biblioteca de la Universidad Nacional le publicó sus poemas "En el solar de las gracias". También en el mismo año editó "Mi corazón de nuevo vestido", en 1982 "Presagio de un pasado por venir", "La caza" en 1984, "Inmovil travesía" que fue publicada por la Revista Golpe de Dados, y en 1987 "En otoño deberían caer todas las hojas de los libros". Especialmente para el Boletín ha cedido los poemas que aparecen en la contracubierta.